



Las Brujas.

A JOSE M^a LOZANO.

Los preparativos de la bucólica principiaron la víspera. La indígena Dionisia —la hipocritona criada del ranchejo de mi padre— descabezó un pollón, untó de chile y ajo unas varas de carne acecinada, puso á macerar en vinagrillo cargado de sal unos jarales, coció algunos huevos de gallina, y con masa de maíz, bien enmantecada, hizo tres docenas de bollitos que albergó cariñosamente mi morral de malla oliente á plumón de pájaro y á pólvora. Naturalmente había yo limpiado mi escopetón sarnoso con la baqueta cacarañada, bolas de ixtle como capullos y aguardiente rebajado. Había probado la limpieza del oído, haciendo explotar un fulminante; ya estaban repletos los cuernos que me servían de municionero y polvorín respectivamente, y mi buído cuchillo de mon-

te esperaba en su funda de vaqueta próximas proezas. Me acordé de Tartarín y de todos los exploradores del Africa misteriosa, y previo mi acostumbrado Padre Nuestro—no sin recomendar antes á Juan Arriaga, mi ahijado de escapulario, que oscura la mañana me despertara—me arropé castañeando los dientes y estuve largo rato despierto, arrullado por el viento que aullaba en los tejados y sacudía nerviosamente las puertas.

¿Sería efectivamente el viento quien hacía trepidar el techo quejumbroso? En las trojes canta el tecolote, parpadeando lentamente, y dicen que cuando canta muere el indio ¿Amanecerá muerta Dionisia? La oigo respirar con fatiga, y me parece que llora muy quedo. . . .

Estas leyendas de los campos, relatadas vigorosamente y con fé profunda por los labriegos, se graban con tal fiereza en el sensorio, que las creemos tan verdaderas como las rocas, y los montes y los árboles que tiemblan en las noches, de pavor tal vez ó quizá de frío.

En los potreros silbantes destinados á que pazca la yeguada, corren á media noche las bolas de lumbré, que se apagan de súbito en las zanjas, ó trepan por el camino de San Joaquín, igual que si tuvieran piés.

Son las brujas, las maléficas brujas que dejaron las piernas en cruz sobre el rescoldo que abandonó la lumbrada, corren á chupar la sangre de los niños inocentes

que nacen y mueren felices en las campañas silenciosas.

Dios mío! ¿Pero es verdad que son las brujas quienes tornan ictericos á los robustos niños? ¿Son ellas quienes sirviéndose de un muñeco repleto de calandrajos, pinchado con púas de maguey y enterrado bajo los saucos retorcidos, producen los dolores de estómago que poco á poco matan enflaqueciendo al campesino?

La madre de Dionisia murió embrujada! Escondía una gusanera en la barriga, y los dedos se le torcieron como crudas correhuelas. Al mismo tiempo que ella, murió el becerrillo granizado! Y no valieron ni el zahumerio de azufre, venas y hepazote, ni el huevo recién puesto que le fué pasado desde los ojos pitañosos hasta las uñas rojizas. Murió, y cuando roto el cascarón del huevo, cayó en el vaso de agua fría, aparecieron en el fondo, formados con la albúmina, dos ojos saltones idénticos á los de una bruja de Santiaguito. ¡Ni que dudar!o!

¡Y las cosas que han hecho las malvadas! Aquel pobre de Amador que una mañana nublosa salió con el hacha al hombro á tumbar un hoyamel, desapareció quince días, hasta que uno de los pastores de este rancho llegó una tarde, tartajoso de espanto, á decir que había encontrado á orillas de la barranca de «Loma Alta» el ceñidor y el hacha de Amador. ¡Y fuimos allá todos! Efectivamente, el hoyamel á medio tumbar, dise-

minados las tibias y los fémures, y como á cien metros la calavera roída brusca-mente. Fueron, según afirmaba Dionisia, las malélicas brujas que habían prometido al hombrachón, soplándole muy bajo en las orejas, una muerte siniestra. Todavía existe la cruz que marca el lugar de los sucesos, piadosamente adornada por musgos verdinegros y enredaderas silvestres. En los brazos dicen que se posa un chorlito, y horas enteras pasa emitiendo su chirrido quejumbroso y extraño. ¿Será el alma de Amador?

Y lo curioso fué que don Simón Torres, padre de Amador, creyó en el maleficio de las brujas, pero juzgó que los perros de nuestros pastores y los coyotes que aúllan como llorando, se habían repartido á mordiscos, en una fanfurrina feroz, el cuerpo de su hijo, y amasando carne tierna y vidrio molido logró que los perros bravucones y fieles murieran, despedazándose el labio inferior poseídos de horrible desesperación. Hizo mal, y allá él con Nuestro Padre Jesús de Villahelada!

En esa barranca de «Loma Alta,» en un pozo naturalmente formado, echaron las brujas al tío de Dionisia con el asnillo pacífico que se volvió retozón y echó sus corvetas al pasar por el barranco. El viejo estaba desnucado, y el pollino, rígido ya, parecía reírse mostrando su larga dentadura y sus ojazos vizcos.

Alguna vez persiguiendo á un pitorreal, bajé á la Cañada fatídica, y volví admira-

do de aquella vegetación exhúbera. Largas palmas como abanicos de odalisca, helechos cenicientos, esbeltos popotillos como nube de moscos diminutos en redor de un alfiler metálico y largo.... ¡Qué sé yo!.....

Súbitamente me asaltaron las leyendas de aquel sitio, y un golpe helado de viento me hizo desfallecer. Cobré fuerzas, y aquí de un matojo de zacatón, y allá de una desmochada rama de encina, fatigado y lleno de pavor llegué á los bordes iluminados por el sol, que calmó un poquillo los acelerados latidos de mi corazón.

El bosque tenía la solemnidad de las cosas excelsas de la tierra. Cerca, se partió un ramujo reseco, cantó un pajarraco extrañamente, tronó con fuerza la hojarasca, y trémulo, con la frente sudorosa y sintiendo el ligero fusil pesado como un cañón, partí á escape, cayendo y levantando, hasta desembocar jadeante en un barbecho donde el gañán, tranquilo, trababa con el arado pautas y más pautas!

¡Malditas brujas!

Me senté en un pedrusco, y un sapito se puso á cantar como si tuviera hipo. Sobreexcitada mi fantasía, creí que era una bruja transformada, y sin pensar en lo risible de mis actos, tomé rápidamente el camino de la Hacienda, en cuyo techo un pajarillo parecía decirme: tonto, tonto y tonto!.....



Almas Fuertes.

A MANUEL LOMBARDINI.

Todavía se oyen maúllos de gatos en horcones y tejavanes caedizos de la granja que despierta, y ya viene tío Nicho—labriego madrugón—descendiendo veredas que conducen á Villahelada, donde vende sus legumbres que lleva en un caballo derrengado y trozo. Viendo su derrechez, ¡quién creería en sus ochenta años! Magro y zancajoso nunca deja el paso largo y trote menudo que obliga siempre á sus anchos calzones á cachearse.

Anciano y caballejo dejan los primeros rastros precisos en la brillantina regada en llanos y caminos por el alba rorante. Agazápanse las biznagas como erizos friolentos; chicalotes pubígeros que muestran sus flores como blancas y ateridas mariposas, están cenizos, y matas de hi-nojo, despidiendo sin cesar olorcillos que

marean, de su verde plumón sacuden la escarcha.

Y no yerra! El sol ha de besar sus canas en llegando á las cercas de piedra donde ordeñan las vacas de hocico halitoso; y el sol, que simula estar de acuerdo, espera y no recoge sombras de cerros hasta que la vieja y ruín caballería estampa la cabeza en la tierra. ¡Entonces sí se alza como inmensa y brusca fogarada!

¡Y qué sabe de malquerencias! Para el señor Cura su primera visita. Oyen su voz y corren á quitar las chirriantes fallibas, Teófila y Margarita, sobrinas del Cura.

—Niñas, buenos días—dice al entrar.

—Pero, qué, ¿no tiene frío?

—Nada, nada, contesta sonriendo y entregándoles un cestillo con huevos y varios manojos de legumbres.

¡Qué frío! Si suda los domingos que se pone pantalones de casimir con fondillos de cuero.

Después de oír encargos para el día siguiente, arrea su matalón á casa del sastre tartajoso que inútilmente consume su vida indiferente á todo; de allí, á ver á la prestamista cuya diversión es aventar chismes al tedio mañoso de Villahelada, como suaves madejas de hilo á bichos desocupados; y por último hace sus compras míseras al bodeguero imbécil y dengoso, que muy golpeado le despacha, como si el beliacó ese tuviera un alma fuerte, blanca y sencilla como la del tío Nicho; más

blanca que las niveas estalactitas colgadas en grutas fragosas!

Y ahí va de regreso al campo, sintiendo sabrosísimo escozor en el estómago tras el sorbo de aguardiente y con dulces ojos aniñados bendiciendo el sol. El caballo, tronzando trébol y mastranzo, y él, tranquilo y feliz como un profeta, siguen silenciosamente la vereda recorrida por caléndulas y malvavisco. Suelta al animal en la fresneda móvil después de manearle, y rodeado de sus hijos, almuerza junto al fogón que mantienen chabascas de ocote. Caldillo de habas con tiras de chile y plumas de cilantro.... ¡Arre la cachimba! exclama Nicho parpadeando, y con la boca repleta al barril con flejes de bejuco y agua límpida se pega sediento.

La casa de Nicho está en la rinconada embosquecida del Xuxtépetl, patriarca de aquellas comarcas. Sombreadan su techo mimbrerales, acerolos y saucos, y en los muros cuelgan de anchas estacas velludos arneros; en las orquetas de los árboles está el rastrojo para la vaca horra, y entre opulentos herbajes un pozo cuyas aguas transparentes han subido á los bordes como en ofrecimiento.

Los diez ó doce hijos de Dionisio diariamente trabajan en haciendas cercanas, y él también, de cuando en cuando, recorre algunas leguas, porque sabe derrabar y todavía tiene manos ágiles para violentos esquiños. De tarde, al hombro la hoz cachicuerna, se dirige á sus prados y pasa

horas incontables cortando arisco chayotillo. Cuando atardece y gritando vuelan los pintos quebranta-huesos á las hoquedades lúbricas de robles añosos, él también, á sí mismo hablándose, toma el camino de su choza donde ya le aguardan sus hijos cantando con algo de melancolía en la voz, canciones románticas. Cada vez que Juana, hija única, no sale á recibirle, porque según le dicen, la patrona pidió su ayuda, le vienen desánimos tremendos y después corajes que no sabe disimular.

¡Y vaya con Juanilla! No tiene rivales para eso de alustrar pecheras y enjear trapillos! Y luego, sus ojos negros y admirados y.... vamos! Llega la muchacha y todos á recogerse.

Al día siguiente á la misma hora corre Dionisio á Villahelada con su jamelgo castañuelo y quijarudo. Es querido y respetado sencillamente por su alma ruda como peña, pero como ella sin doblez. ¡Quién dirá que se ha tomado una oveja mesteña ó algún recental que salió escapado de la boyeriza! No proyecta sombras: su corazón en la obscuridad como diamante fúlgido se duerme y á la luz tiene irizaciones. Patriarca y muy patriarca de aquellas comarcas! Llega el santo de su nombre y empieza la degollina de la pollada. ¡Qué fiesta!

El hijo del dueño de aquellas tierras, de atraidorado mirar iba de cuando en cuando á ver al viejo que se quedaba murmurando:

—Al patroncito parece que alguno le está enseñando á cabestrear.

Y nada, que le rasguña un pensamiento. ¡Hum, hum! ¡Haya cosa!.... Pero eso sí para encepar en mi ranchejo necesitan.... hum!.... garra y ojos muertos!

Y eran fundados sus temores. Juana huyó sin dejar huellas. Dionisio, cuando se lo dijeron, sintió que un roble quebró su nuca; resollaba igual que odre contra el viento. Respeto y gratitud le parecían frenos que ansiaba morder para hundirle su daga orinienta y fuerte al patroncito; en su conciencia estaba que la escondía él. ¡Quién había dicho que la fortuna domeñase á la virtud! ¡La ira le abrazaba el pecho igual que si se hubiera metido un leño ardiendo!....

Quién decía que Juana estaba en tal pueblo andrajosa y desaseada; quién que andaba en organdí envuelta y de su amor en la floridez. Iban sus hermanos infructuosamente á buscarla, y semanas y semanas escapaban!.... De tarde, al hombro la hoz cachicuerna, el viejo pensaba; pensaba en aquella moza que le daba fuerzas y alegrías; en aquellas trenzas, en aquellos dulces ojos, hasta que un ardor en las pupilas, no calmado con lágrimas, le obligaba imperiosamente á dormir.

Debilitábase y comprendía que ya su mano firme no podía regir la manquera de un arado, y tuvo antes bríos para majar hierro y trozar una sogá. ¡Caramba, que sufría muchísimo!

Una tarde silenciosa, sentado en burdo pedrejón, miró venir al patroncito que montaba un potro recién amansado. El peso del caballo puso de punta un girasol seco, clavándosele al bruto en los ijares. Tal fué la corveta del animal, que salió el ginete incauto del fuste recogido y del estribo quedó pendiente. Júbilo maldito repicó esquilones broncos en el pecho de tío Nicho!

¡Canalla, que se rompa la cabeza! Pero al partir el caballo desbocado puso la hoz en el arzón que se trozó al empuje de la carrera. Levantó al muchacho y... cada uno siguió distinto rumbo!...

El viejo pensaba: se salvó; hice bien. ¡Acaso nunca durmió tan plácidamente como esa noche!

Al amanecer, cuando Nicho liaba sus legumbres, apareció el desbarbado patroncito llevando á Juana de la mano. Los ojos del viejo centellearon terribles como carbones soplados y se crisparon sus miembros como en calambre rápido. Espíritus de alcaravea y tomillo erraban en los aires, y hablaban muy bajo trigales y cañaveras.

—Dionisio, dijo el mozo, ayer me salvaste la vida; quiero ser tan honrado como tú. Hoy me caso con Juana; vine por tí para que nos acompañes. ¡Ya sé que has llorado mucho; pero se arreglará todo! ¡Vamos! y sin decir más, tomó la vereda que conduce al pueblo seguido de Juana y Nicho que atontado y mudo caminaba. En

la diluyente atmósfera gris perla dormían las cosas...

Llegaron brincando camellones. Avisado el cura, estaba esperando ya, y en la nave callada y desierta tuvo lugar la ceremonia. Cuando salieron, aún hacían chispear los cirios la estola del sacerdote que brillaba como húmeda, y no muy alto pasó aplaudiendo un vuelo de palomas....

Iba delante Juana, y al pisar el yerto cantorral, dijo el muchacho:

—Mira, Nicho, guarda estas escrituras de un terreno que regalo á Juana; y para que veas que soy tan honrado como tú, guarda este secreto: el hijo de Juana, es mi hermano; su padre, mi padre....

Y sin volver la faz, se dirigió á su hacienda cuyos contornos desblanquecidos aparecían ya!



Almas Jóvenes.

A ANTONIO VILLARREAL.

¡Quién me diese alas como de paloma!
¡Volaría yo y descansaría!...
SALMO LV.

Del turíbulo ardiente subía el incienso, tremolando y extendiendo sus niveas muselinas; resonaba la bacina al golpe repetido de las monedas de cobre; las pequeñas flamas aleteantes de las lámparas votivas parecían mariposas de luz que se ahogaban, y entre el abigarrado tropel de gente devota, salimos del templo apretujados y alegres, quizá porque fuimos á rogar por nuestro amor, que presentía metamórfosis en la ausencia. Cerca de la última hornacina, nerviosamente me santiguó, y tembloroso y mudo ¡con qué unción besé la cruz que formaba su manecita blanca como un lirio. como un ala pequeña de paloma, ó como una marmórea beneditera! En el ábside sonoro, los postreros cantares resonaban aún.

¡Oh, cuán cierto que los recuerdos son las rugosidades del alma, que semejantes á las de los peñascos necesitan, para borrarse, años de estar en pugna con las aguas del tiempo!

Ya en la calle, seguimos la calzada que conduce á las afueras de la ciudad. Por el cielo escampado pasó un vuelo fugaz de golondrinas. ¿A dónde irán? me preguntó dulcemente, mientras yo contemplaba sus diminutas orejas como conchuelas de nácar; su boca, que me recordaba las fresas que la madurez empurpuró, y su rostro, tatuado por el sol resplandeciente, que dibujaba sobre él las móviles ramas de los sauces; tatuaje fantástico en forma de plumas, palmas é insectos.

Sin responder á su pregunta, susurré á su oído esta estrofa de una antigua canción:

En silencio se mezclaban cual perfumes,
y en silencio se mezclaban como soplos,
y en silencio se fundían como lágrimas
nuestras almas en un beso silencioso.

El arroyo gorgoriteaba en el hueco labrado por sus ímpetus semejante á un enorme hocico que hacía gárgaras imposibles. Un hombre canoso sonrió al vernos y con voz hiposa é intermitente, consecuencia del paso torpe de su cabalgadura, nos dió los buenos días.

—Oye, dijo Taide, mi corazón ha sido tuyo, pero temo que este año, al terminar tus estudios de pintor, el triunfo, la lisonja, la frecuencia de círculos elegantes, todo haga que te olvides de mí... ¡Recuer-

da que he crecido á tu sombra para ti....

Su voz se fué extinguiendo como el trino del ave que se interna en un bosque; cubrióse el rostro con las manos, y sus lágrimas corrían como cristalinas arañas á esconderse entre los encajes de su gola.

El arroyo seguía locamente carcajeándose; hervía, salpicaba las flores de la orilla, y en sus pequeñas caídas agitaba su espuma como una enmarañada madeja de hilo; algunas raíces redondas, como miembros anquilosados, fingían lavarse en la corriente pura, en tanto que á nuestro paso los álamos de corteza manchada, cual si estuvieran envueltos en pieles de peces pintos, movían sus hojas como monedas de plata.

—Calla, dije á Taide; si obtengo triunfos, será por tu amor. Inocular en mi espíritu un cariño y poder sentir sus fiebres, sus dolores íntimos, sus estremecimientos, sus dudas; tener mi pensamiento clavado en otra alma, como la mariposa en el cáliz de la flor, eso quería; ¿no se han cumplido mis deseos? Guardaba ternuras infinitas, multiplicándose apiñadas, esperando como la mazorca de maíz, heredad fecunda para desgranarse y florecer. ¿No he aumentado mis sinsabores con el único fin de que seas mía? Tonta...

Anduvimos en silencio. Nuestros corazones, al hablar así, se consolaban momentáneamente, pero temblaban por algo lejano, vago é impreciso que llegaría; temblaban como las alondras en sus nidos,

adivinando que á la madrugada el rocío de la aurora bordaría con chaquiras su plumaje esponjado. Teníamos la seguridad de que el porvenir—si nos hubiéramos equivocado!—escondía para nosotros un precipicio, un obstáculo á cuyos bordes áridos tendríamos que despedirnos.

Y era verdad lo que decía á Taide. Antes de conocerla, me atarazaba el fastidio, y en mis fugaces momentos de nerviosidad ansiaba, no un amor sosegado, sino impetuoso, turbulento, que rasgara el velo de mi tristeza que me cubría como polvosa telaraña; que luchara por quebrantar mi voluntad, me hiciera caer de capricho en capricho, y ser en fin, igual á la flor que el torrente hunde, sostiene á flote y despedaza besándola siempre. Me sentía capaz de amar con la vehemencia de un león, y podía también pasar horas enteras junto á mi amada, con la delicadeza y la curiosidad de un niño que observa sucederse con rapidez los colores fugitivos en las burbujas de jabón. En ella encontré todo.

La única familia de Taide se componía de una vieja tía propietaria de una finca contigua á la de mi madre. La tía Paz, así la decíamos, á pesar de su rostro marchito, trascendía á elegancia y hermosura, tal cual las flores guardadas durante mucho tiempo en un libro exhalan un aroma muy leve. Ingenuamente devota, empleaba sus ocios en la confección de afili-granados sobrepellices que regalaba á

los curas humildes de las parroquias cercanas, y en devanar con sus maravillosas manos débiles, seda para cíngulos que tenían el mismo destino. Para estas dos mujeres buenas, mi madre y la tía Paz, la alegría estaba en nosotros y la tomaban de nuestros semblantes. Bajo su custodia y á su calor nació nuestro cariño, sencillo como las tapicerías que el musgo tiende en las cañadas, arrolla á los árboles y teje en las cicatrices de las rocas.

—Dentro de una hora irás muy lejos, dijo Taide apoyando en mi hombro su cabeza. ¿Pensarás en mí?

De pronto, deteniéndose, exclamó con su sonrisa luminosa:

—¡Qué tontas somos nosotras! ¿Sabes en qué venía pensando? ¡Figúrate: una bobería! Pensaba: Rubén no debe irse, me quedo sola, puedo morirme quizá y no le volveré á ver....

Se calló bruscamente, como si su pensamiento hubiera hallado en su camino un obstáculo, como las tórtolas que refrenan el vuelo cuando el azor apenas se dibuja en el horizonte.

—¿En qué más pensabas? insistí yo.

—En muchas cosas que no quiero ni debo decirte, me contestó llorando. ¡Soy una loca!....

Sus palabras llegaban á mi oído vagas y confusas como el susurro de una selva; su vestido ondulaba movido por el aire; oprimía su busto un corpiño ligero, y entre las vaporosas blondas negras de las

mangas sus manos semejaban copos de nieve pendientes de ramas de ciprés.

—¡No llores! exclamé con los ojos empañados también por el llanto, óyeme.

¡Ah, no sabré nunca qué angustias desfloraron en ese momento los cristales de su alma!

—Sabes, continué, que nunca he sido celoso y no lo he sido porque tengo absoluta fe y confianza en tu bondad. Así, no atribuyas á celos lo que voy á suplicarte. Estás obligada á asistir al paseo que anualmente hacen en honor de la tía Paz, y el cual tendrá verificativo dentro de dos días en la falda del monte que dista de aquí seis leguas. Asistirá Gustavo, lo sé por él mismo, y no extrañes que siendo mi mejor amigo, te ruegue sea la última vez que lo trates.

¿Fué que una nube opacó instantáneamente la luz del día, ensombreciendo todo, ó en efecto veló su semblante un torvo presentimiento?

¡No lo supe entonces!...

Anduvimos largo trecho distraídos. En las brumas de mi memoria aparecía Gustavo, cuya estúpida sensualidad propia de su temperamento, ardía en sus frases aliñadas y flexibles como víboras, en sus miradas lánguidas é intensas perdidas en una vaga lontananza, donde el ensueño, la febricitante abstinencia y la lujuria desbandan sus visiones frescas de vida, que sobre muelles edredones revuelcan sus fastidios ó adormecen voluptuo-

samente sus cansancios. Sus lecturas, su exquisita sensibilidad y fervoroso culto á la belleza, afinaron su lujuria, que plegaba, sin que él se diera cuenta, sus labios húmedos y carnosos. En sus ojos se adivinaban á ratos profundidades atra-yentes; se me antojaban límpidos remansos en los que el sol, filtrándose á través del follaje de un sauce, comunica transparencias á la masa de agua sin iluminar el fondo.

¡Oh, Dios, qué inmensamente dolorosos son los recuerdos de mi juventud!

Repentinamente, como invisibles tórtolas arrulladoras, salieron escapadas de la torre de la aldea los sonidos de la campana.

—¡Las nueve, exclamé apesadumbrado; es preciso volvernos! Deben de esperarme ya con los caballos que han de conducirme á la estación.

Agregué en tono muy bajo:

—Sé fuerte al despedirme; nos ahorrarás un sufrimiento.

—¿Por qué te afliges? la pregunté. Cuando vuelva, serás mía; no nos separaremos, te contaré los encantos y amarguras de estudiante, te mostraré mi vida día por día como las hojas de un álbum; tú, en cambio, me arrullarás con tu charla armoniosa, en la que brillarán como curiosidades sacadas de un cofre perfumado tus travesuras inocentes, tus sueños en los que viviré escondido, y tal vez

algunos dolores leves colados de rondón en tu espíritu.

La hice apresurar el paso. El sol bañaba los arbustos de la avenida que al dibujar sus frondas en el suelo, fingían charcos caprichosos de tinta; en la plaza principal una turba de vendedores ambulantes voceaba sus mercancías, y la pequeña esquila de la iglesia, poseída de un gran regocijo, seguía pirueteando.

En el portón encontramos á la tía Paz, á mi madre y á un criado. Por sus encargos y súplicas y consejos, sentía mi corazón desfallecido. Apresuré la despedida; besé á Taide, y en ese beso no sé por qué creí que nuestras almas se despedían para siempre!

Rápidamente desanudé el cabestro de la escarpia; el caballo, al sentir el peso de mi cuerpo partió al galope.

El aire del campo, quién sabe qué cosas susurró á mi oído, refrescó mi frente, agitó mis cabellos, ¡ay! ¡pero no pudo evaporar mis lágrimas!

El panorama que se desarrollaba ante mí, adormiló mi punzante melancolía. Los montes verdinegros de ocotes desflecados y silbantes, cuya solemne majestad acrecentaban los gorjeos incompletos de pájaros; las nubes rozando los árboles, como si éstos humearan incendiados; el río que culebreaba en el profundísimo barranco, negro como un hilillo de betún; el sol chorreando fuego y abrasando la campiña, por cuyo calor la tierra, en va-

rias partes cubierta de musgo verdoso con reflejos metálicos color de hiel, parecía que sudaba; las cenizas nopaleras como muestrarios de extraños fetos; cada color, cada paisaje dejaba una gota de miel sobre mis dolores.

Anohecía cuando distinguí las luces de la estación ferroviaria. El silencio aguzaba mi oído, y claramente oía el roce de una hoja seca de maíz que el viento nocturno venía empujando. A pocos minutos dormitaba en el tren arrullado por su jadeo; y á la mañana siguiente, instalado en mi cuarto de estudiante, recordaba los rosales florecidos de las casas de mi pueblo; las cercas de piedra donde se posan al mediodía los lagartos verdi-oscuros como puñales pavonados; la hacienda de mi madre, silenciosa y blanca; y sobre mis recuerdos todos, Taide pura y bella.

Mis estudios y trabajos diarios hicieron recobrar su buen humor á mi espíritu. El quinto día de mi estancia en la capital, á la vuelta de la Academia de Bellas Artes, encontré sobre mi mesita de trabajo la anhelada carta de mi hogar. Nadie trazará á rasgos finísimos la urdimbre de impresiones que sacuden el sér á la vista de una carta amada. Cuando rompí el sobre, sentía apretada la garganta por una alegría ó angustia que no sabré explicar.

Me decía mi madre que en el paseo verificado en honor de la tía Paz, Taide había caído del caballo y había muerto.

¡Ah; morir cuando en nuestros corazones rayaba el día; morir cuando ella sintetizaba mis anhelos y mis esperanzas! ¡Ah! morir cuando el primer amor salpicaba las conciencias de perfume; morir cuando todas las ideas, todos los pensamientos, todas las bondades convergían en un punto; morir cuando...! ¡Oh, Dios mío! tú que eres eternamente bueno, que regaste la semilla del consuelo en las almas inconsolables, que abriste los veneros del amor en los pechos sin arrullos, y regaste tus resplandores en los corazones que eran noches... ¿por qué me quitaste á ella, que era mi porvenir, que era mi juventud, que era mi vida?...

*
* *

Ignoro el tiempo que estuve enfermo; pero cuando comencé á pasear mi convalecencia por los jardines y arboledas, tenía en los labios y en la mirada una amarga dulzura de un bien perdido y lejano, muy lejano.

Un año hacía que había cambiado mi domicilio á una alegre barriada del poniente de la ciudad. Allí soñaba pensando en Taide, al cansado fulgor mortecino de los crepúsculos dolientes. Frente á mi habitación estaba un balcón, cerrado siempre, y festonado caprichosamente por yedras y madre selvas frondosas. De tarde en tarde llegaba á mis oídos, conmoviéndome

profundamente por los recuerdos que despertaba en mi memoria, una voz trémula, dulce y sollozante que cantaba con infinita vaguedad y tristeza:

“Volverá mi recuerdo cuando muera,
A traerte, mi bien, melancolía;
Como vuelve alejándose el invierno
A su nido de ayer la golondrina.

No me olvides, yo te amo, está seguro
Que volveré á tus brazos algún día,
Como vuelve, alejándose el invierno,
A su nido de ayer la golondrina.”

¡Cuántas ternezas despertaba en mí la vocecita de la desconocida cantadora!

Así las risas de los címbalos lejanos encuentran en algún polvoso piano un eco que les responda, y que acurrucado dormitaba como un niño abandonado por sus padres.

Sentía á veces el imperioso deseo de ir á su departamento; preguntar quién era, hablarla, decirle que le estaba infinitamente agradecido, porque su voz y sus canciones me hacían pensar en otra voz y en otras canciones que había oído de unos labios amados que callaban entonces porque estaban aprendiendo nuevos ritmos en un país de misterio y de silencio, donde las almas se convierten en cantos inefables.

¡En cada lágrima que me arrancaban esas estrofas, rodaba una bendición!

Una tarde de crepúsculo sangriento esperaba la llegada de mi madre y la visita de la tía Paz; ¿qué conversación nuestra

no tendría por trama la bondad de la inolvidable muerta?

Mientras llegaban, distraje mi impaciencia observando el desbandamiento de nubes escarlata, naranjadas y violetas; oyendo los vagos susurros de los árboles poseídos de súbitos estremecimientos; la bulliciosa algazara de parlanchines gorriones, empeñados en meliflua contienda por lograr un camarín en la enramada, y viendo al gato sobre la silla esparrancada, en quieta somnolencia, con su eterno hervor en el cogote.

Todos los detalles de aquella época de mi vida, dolorosos y alegres, los conservo de tal manera grabados en mi mente, que creo que ningún sacudimiento trágico vivirá en mí con mayor intensidad de precisión.

Había dejado de ver á la tía Paz mucho tiempo; y cuando la ví en el dintel de la puerta tendiéndome los brazos, con el rostro cruelmente ajado y los cabellos canos, débil y encorvada, parecía que mi pasado estaba frente á mi porvenir.

Respetuosamente le besé sus manos y la senté en mi lecho.

—¡Qué viejo estás!—me dijo en tono simpático y burlón.—Dentro de dos años se te verá la cabeza como si la tuvieras envuelta en un pañuelo blanco.

—No es difícil—contesté sonriendo.

Agregó:

—Tengo que decirte algo muy grave antes que llegue tu madre, que supon-

go no tarda. La vida te ha vuelto reflexivo, prudente, y sobre todo razonable. Eres ya un hombre capaz de soportar con calma cualquier hecho, cualquier acontecimiento, por intensamente abrumador que sea. Eres algo más que un hombre. Como te dije al principio, eres un viejo á quien yo quiero como á un niño, y para el que todas las alegrías me parecen pequeñas, si por un momento se las pudiera dar todas. ¿Me entiendes?—agregó conmovida.—Ahora escúchame, y sé fuerte.

Tal solemnidad había en la tía Paz al expresarse, que instintivamente inclinó el cuerpo como cuando se espera un golpe rudo.

—Taide no ha muerto—exclamó más blanca que la cera y con los ojos fijos y brillantes.

—¿No ha muerto?—dije con voz ronca, abandonando mi asiento y tomándola con brusquedad las manos.

—No ha muerto—contestó ásperamente—y aun cuando comprendo que serás capaz de estrangularme por saber todo de un golpe, es preciso que me oigas portándote como un hombre y no como un niño. Siéntate.

Precipitadamente continuó:

—En el paseo del año pasado, que debes recordar, iba como invitado de una de mis amigas Gustavo Hartmann.

—Gustavo Hartmann—grité desesperado.

—Calla—contestó jadeante.—Escúchame:

Todos íbamos á caballo, y á la entrada del monte, en el lugar preciso en que el bosque se espesa, el animal que Taide montaba se encabritó por el ruido de alguna hoja seca, y emprendió la carrera. Nos paralizó el espanto y el pensamiento de que en la falda resbaladiza el golpe era seguro y la caída mortal. Todos quisieron marchar tras ella; pero Gustavo, como un relámpago, se tendió sobre el caballo que azuzado brincaba como un gamo, perdiéndose bien pronto entre la obscura maleza y las quebradas de la montaña. Inútilmente esperamos su regreso; y entonces nos diseminamos en el bosque con el fin de encontrarlos. Todos teníamos el alma cuajada de presentimientos.

Nuestro primer hallazgo fué espantoso. En el fondo de un barranco estaba Gustavo con el cráneo despedazado. ¡Ay! en ese momento comprendí que en una hora se puede envejecer. Más adelante encontramos desmayada á Taide, pero viva aún.

Ahora escúchame y sé más fuerte todavía. Voy á concluir:

Cuando Gustavo corrió en busca de Taide, ¿sabes lo que hizo? No detuvo el caballo; por el contrario, lo fustigó brutalmente para que se desbocara y cayera. ¡Oh, Dios! ¿por qué los árboles no volvieron hacia él sus brazos y lo desmenuzaron en el aire! Cuando la vió tendida sobre la yerba... ¡ah, Rubén, Rubén, todas las

azucenas deben de haber cerrado á esa hora sus cálices!

—¡Maldito!—exclamé como un loco.— ¡No has muerto y debes morir despedazado por mis dientes, magullado por mis manos, pisoteado por mis plantas!

—¡Taide, Taide!—sollozaba.

Como á un conjuro, abrióse la puerta y apareció ella vestida de negro y con una palidez ultraterrestre.

—Gustavo ha muerto—dijo;—yo soy la desconocida cantadora; te amo, y he vivido con mi amargura incomparable sólo por tí.

—Retírate—exclamé con voz ahogada.

—Calla—gritó mi madre entrando en ese momento;—nadie sabe nada, y yo, que soy tu madre y que para tí querría lo más santo, te ruego que la quieras; ¡quírela! —dijo juntando nuestras cabezas que bañaba con su llanto!

